

F
330
SG



DISCURSO

leído

EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1890 A 1891

en el

INSTITUTO DE SEGUNDA ENSEÑANZA

DE SEGOVIA

por

D. GREGORIO BERNABÉ PEDRAZUELA,

DOCTOR EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS,

PROFESOR SUSTITUTO DE PSICOLOGÍA LÓGICA Y ÉTICA,

Y ARCHIVERO POR OPOSICIÓN DE LA DELEGACIÓN DE HACIENDA

DE ESTA PROVINCIA.



SEGOVIA:

IMPRENTA DE S. RUEDA,

1890.

Sig.: F 330 SG
Tít.: Discurso leído en la solemne ina
Aut.: Bernabé Pedrazuela, Gregorio
Cód.: 51078405



65259

F. LIV
8

F -SG

R.10440

DISCURSO

LEÍDO EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1890 Á 1891

EN EL

INSTITUTO DE 2.^A ENSEÑANZA DE SEGOVIA

por

D. GREGORIO BERNABÉ PEDRAZUELA,

DOCTOR EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS,

PROFESOR SUSTITUTO DE PSICOLOGÍA LÓGICA Y ÉTICA, Y ARCHIVERO
POR OPOSICIÓN DE LA DELEGACIÓN DE HACIENDA DE ESTA PROVINCIA.



SEGOVIA:

IMPRENTA DE S. RUEDA,

1890.



Ilmo. Sr.:

Señores:

GRANDE será, sin duda, vuestro asombro al ver hoy interrumpida por vez primera en esta docta casa, y en momento tan solemne, la tradición de que lleve la voz de tan respetable Claustro algún varón ilustre, que á este puesto de honor venga precedido de justo y envidiable renombre. Grato me sería recordar aquí las elocuentes y profundas disertaciones que en casos semejantes habeis oído de labios de esclarecidos compañeros, que con su saber y laboriosidad, enaltecieron y enaltecen todavía nuestra modesta Escuela; pero temo, con fundamento más que suficiente, que la que vais á oír no ha de necesitar de los gloriosos recuerdos del pasado para excitar en vosotros el natural arrepentimiento de que el Claustro de este Instituto me haya conferido por acuerdo unánime, y poco meditado en mi sentir, la mi-

sión delicadísima de hablar en su nombre en esta solemnidad á que en otras ocasiones el clarísimo ingenio, el saber profundo y la autoridad indiscutible de sabios y beneméritos maestros dieron esplendor y brillo, que temo yo empañar ahora con mi insuficiencia, para salir airoso del apurado trance en que para honra mía y por desgracia vuestra me han puesto.

No os he de ocultar sin embargo, que si bien de una parte me anonadan vuestro mucho saber y la presencia de la dignísima persona que tanto como por ministerio de su elevado cargo pudiera presidirnos por méritos de su vasta y reconocida ilustración; de otra parte la natural benevolencia que inspira siempre los juicios de los espíritus elevados y cultos, benevolencia, de que en repetidas ocasiones me dísteis elocuente prueba y que no por ser inmerecida á todas luces, fué menos agradecida por mi parte, me dá la confianza y el necesario aliento que mis débiles fuerzas y el convencimiento íntimo de mi escaso valer, no podrían prestarme para entrar sin más preámbulos en las ligeras reflexiones que acerca de la *Influencia religiosa política y social de la mal llamada reforma de Lutero* pienso exponer, más que á vuestra ilustrada consideración, á vuestra reconocida indulgencia.

En el delirio de aquella inmensa fiebre del mundo que en la Historia se conoce con el nom-

bre del Renacimiento, surgieron géneos extraordinarios destinados por el Hacedor á transformar cuanto pudiera ser observado por los sentidos ó regulado por la inteligencia; merced á ellos, Europa comenzaba á recojer el fruto de largos siglos de incesante trabajo é inauditos esfuerzos, lo que le permitía presentarse robusta, vigorosa y éxpléndida. Vasco de Gama, doblando el cabo de Buena Esperanza, había mostrado el derrotero de las Indias orientales y abierto la comunicación con pueblos desconocidos.

El desarrollo de la inteligencia competía con aquel auge de pujanza. Ya el Ariosto había abierto desconocidos horizontes á la poesía, Rafael á la pintura y Miguel Angel á las artes todas. Ya Maquiavelo había revelado los misterios de la política de su época y Erasmo revolvió todas las fuentes de la erudición. El insigne español Luis Vives, rivalizaba con el sabio de Rotterdam y se proponía regenerar las ciencias dando nuevo curso al entendimiento, y sondeando á la par los arcanos de la filosofía de lo porvenir. En Italia fermentaban las Escuelas filosóficas apoderándose con avidez de las luces atraídas de Constantinopla; la pátria de Tasso hacía resonar sus acentos como trina el ruisenñor á la venida de la aurora. Ya había descubierto Schwart la pólvora que parecía desde luego destinada á derrumbar las antiguas inex-

pugnables fortalezas y con ellas toda entera la institución feudal. Entre tanto la España embriagada de sus triunfos, ufana y orgullosa de sus conquistas, cantaba como un soldado que reposa sobre un montón de trofeos en el campo de la victoria.

A sucesos tan prósperos y de tanta trascendencia iba muy luego á seguir otro destinado á cambiar la faz del orbe, que es la mayor y más alta gloria del sólio hispano. Ya habreis comprendido que aludo al descubrimiento del Nuevo Mundo á donde llevamos con la Cruz, la única antorcha inextinguible y fecunda, el único principio capaz de producir una civilización verdaderamente redentora. Con aquel portentoso descubrimiento, abriéronse nuevos horizontes al poder y á la grandeza de España; y claro está que un hecho de tal magnitud no podía menos de contribuir al esplendor de la lengua castellana, encargada desde entonces por maravilloso designio de la Providencia de arrojar la semilla de la fé y el conocimiento de toda verdad y de toda luz en el alma de muchos millares de hombres. Hernan Cortés, á la cabeza de un puñado de héroes, penetraba en el corazón del nuevo continente y se apoderaba de su capital. En todos los puntos de Europa se desplegaba una actividad inmensa. Magallanes, atravesando impávido el estrecho que había de unir el Occidente con el Oriente, y Sebastian de El-

cano volviendo á las orillas españolas después de haber dado la vuelta al mundo, parecían simbolizar de una manera sublime, que la civilización europea tomaba posesión del universo.

Otros dos acontecimientos notabilísimos vinieron también en los albores de aquella época á ejercer poderosa influencia en el perfeccionamiento y adelanto de las artes y ciencias; la caída del imperio de Oriente, que trajo los sabios bizantinos á ilustrar las naciones meridionales de Europa con los despojos de la ciencia antigua; y la invención de la imprenta que dió alas á la palabra escrita, facilitando la trasmisión del saber, el estudio de los clásicos, el de las lenguas de Grecia y Roma y como consecuencia de todo ello, el atento exámen de la índole y organismo especial del idioma pátrio. Merced á estas circunstancias, á par del total eclipse de la media luna en las hermosas campiñas de Andalucía, y cuando empieza á dilatarse nuestro poder por las feracísimas regiones de un hemisferio desconocido, aparece en la docta Salamanca el primer tratado de Gramática castellana de que hay noticia, debido á la pluma del celebrísimo Nebrisense y en el cual se establecen ya reglas fijas para hablar y escribir con perfección.

En tal estado y á poco de terminado el cisma de Occidente, que tan divididos trajera los ánimos, apareció el hijo de Eysleben; dió un

paso más, y, ángel caído, se atrevió á llamar á exámen á la Iglesia.

Ha habido en todos tiempos en el cristianismo algunos espíritus ligeros, orgullosos, ambiciosos de dominar y constituirse Jefes de partido, que se creyeron más ilustrados que la Iglesia entera, los cuales le han atribuido falsamente errores y abusos, que han seducido una parte de sus hijos y han formado entre ellos una sociedad nueva; los mismos apóstoles vieron nacer este desórden, y no sólo lo deploraron, sinó que también lo condenaron.

Pero, entre todas las herejías que se han sucedido en el curso de los siglos, afligiendo á la Iglesia desde su nacimiento, ninguna fué tan radical y subversiva, ninguna hizo progresos más rápidos ni produjo tan tristes efectos, como la de los falsos reformadores del siglo XVI, á la cual dió origen y vida el espíritu rebelde de un fraile agustino, que halagando todas las malas pasiones logró agitar y conmover en sus cimientos el imperio y producir en el mundo cristiano una verdadera revolución social, á la vez religiosa y política; revolución de ideas que había de afectar hasta á las instituciones públicas de los pueblos, que estaba provocando y había de consumir una lamentable división en el género humano, quebrantando la unidad de la Iglesia romana, al separar de ella una gran parte de Alemania y los Países Bajos, juntamente

con Dinamarca, Suecia, Inglaterra, Prusia y Suiza, levantando así una formidable barrera, que por espacio de más de dos siglos embarazó y detuvo el progreso intelectual y moral de Europa. Estos últimos heresiarcas tuvieron de común con los antiguos el malvado designio de reformar á la Iglesia; y no, á la verdad, tomada esta palabra *reforma* en su verdadero sentido, según que expresa la idea de represión de las pasiones, enemigas del yugo impuesto por la regla, sinó tomada, por el contrario, en sentido de libertinaje, conforme á lo que de sí mismo decía Calvino; «que no se hacía evangélico sinó para poderse abandonar con más libertad á todo género de incontinencias»; pero si bien se mira, lo que bajo la falsa apariencia de reformar á la Iglesia quisieron realmente los fundadores del protestantismo, fué destruirla, de manera que ya no quedase después de ella sociedad ninguna directamente instituida por Cristo. Los antiguos herejes, desde el siglo III hasta el XVI, no negaron la existencia de una Iglesia Católica, ni el deber de someterse á su jurisdicción y magisterio: afirmaron que esa Iglesia no era regida por los sucesores de Pedro, sinó la que ellos respectivamente habían fundado bajo el nombre de *arriana*, *nestoriana*, *eutiquiana*, *griega*, *cismática*, *rutena*, etc.; más Lutero y Calvino, lejos de instituir sociedad ninguna religiosa, para ponerla en lugar de la Católica, proclamaron un

principio, que es la muerte de toda sociedad, la negación de la autoridad verdadera, es decir, de origen divino.

El protestantismo no puede escapar nunca á las consecuencias de su propio principio, que está siempre ahí detrás de él, obligándole á cada momento á admitir un absurdo. ¡*Ninguna autoridad!* Este fué su grito de guerra al separarse de la Iglesia; la *Escritura* y nada más que la *Escritura*, interpretada por el *juicio privado*: «derribémos, decía Lutero, todo ese viejo armazón de la antigua ortodoxia, de las escuelas de Teología, de la autoridad de los padres, de los Concilios de los Papas, del consentimiento de los siglos, y no admitamos más que la Escritura santa, pero bajo la condición de que tendremos derecho de entenderla, del modo que la hubiéramos interpretado.»

Desde luego podría argüírseles á los sectarios de Lutero; pero ¿quién os garantiza esa Escritura santa que *admitís*, sinó *esa misma autoridad de los Padres, de los Concilios de los Papas, y ese consentimiento de los siglos que rechazais?*....

Sin ellos, como vosotros mismos habeis dicho, *¿qué sabiais de esa misma Escritura?* Además, ¿para qué sirven vuestros sínodos, vuestras confesiones, vuestras congregaciones y sermones?.... Para nada decisivo respecto de la fé, contesta Calvino. «Decidan los sínodos y

las Congregaciones como mejor les plazca; sinó eres de su opinión, mantente en la tuya, y no dejarás por esto de ser un verdadero hijo de la Iglesia reformada.»

El mismo nombre de *protestantismo* declara su naturaleza. «El protestantismo, dice admirablemente Augusto Nicolás, no existe sinó en cuanto protesta; y ni existe ni puede existir sinó protestando. Este es su nombre, porque su obra es ésta, su obra única.

Y sinó, ¿qué hace el protestantismo en todas partes? ¿Cuál es el fin que se propone? ¿Consiste, por ventura, este fin en ganar almas para Dios, haciéndolas cristianas? No: lo que pretende no es hacer cristianos, sinó pervertir católicos. Todos los medios los juzga buenos para este fin. Entonces, ha hecho á un protestante, cuando ha destruido algun católico, cuando le ha convertido en enemigo de la Iglesia, cuando le ha inscrito en las filas de los que toman parte en la conjuración tramada contra el Catholicismo, y cuyo espíritu múltiple y dividido hasta lo infinito, sólo sirve para demoler, para negar y destruir.» Antes que Augusto Nicolás, había enunciado ese mismo pensamiento el insigne De Maistre: «El protestantismo lleva siempre este mismo nombre, aunque su fé ha variado infinito, porque su nombre es puramente negativo;..... cuanto menos crée, tanto más protesta;..... su nombre, cada día más ver-

dadero, subsistirá hasta que muera, como parece la úlcera con el último átomo de carne viva que ha devorado.» Pero los pastores de la Iglesia no pueden consentir que ni esta úlcera, ni la gangrena de las otras herejías que á modo de cáncer se introducen blandamente en su grey, la invadan y destruyan. Aunque no teme la Iglesia por sí misma, que es inmortal, ni teme por la doctrina que profesa, que en labios de su cabeza sobre todo es incorruptible, teme por sus hijos, que son débiles, de condición mudable, de índole inclinada al mal desde la mocedad; teme que la antigua serpiente, hablando por boca de los que por de fuera parecen ovejas, siendo rabiosos lobos allá en su corazón, destile en sus ánimos el veneno de sus pérfidas sugerencias; teme el *modicum fermentum* que San Pablo nos dice que basta á corromper la masa, y la centella que cae sobre el combustible hacinado. San Gerónimo decía valiéndose de esas mismas semejanzas; «Cortarse han las carnes corrompidas, echarse há del aprisco la oveja roñosa, porque la casa entera, la masa, el cuerpo y los rebaños no se abrasen, corrompan, pudran ó perezcan. Arrio en Alejandría no fué sino una sola centella: más, porque no fué luego al punto extinguida la llama que de allí se levantó, vino á asolar todo el orbe. *Ressecandæ sunt putridæ carnes, et scabiosa ovis á caulis repellenda, ne tota domus, massa, corpus, et pecora*

arde ant, corrumpantur, putrescant, intereant. Arrius in Alexandria una scintilla fuit, sed quoniam non statim oppressus est totum orbem ejus flamma populata est (Sup. Galat. V).» Ahora bien, la Iglesia, como madre solícita y piadosa ha tenido que proveer á la conservación de la casa edificada en este mundo por Cristo, á la incolumidad de su cuerpo místico, á la salvación de su rebaño amado, y por esto vemos que tan pronto como la Iglesia desesperó de la conversión de Lutero y sus secuaces, los arrojó de su seno por medio de la excomunión.

Mas hora es ya de dar á conocer al hombre que creyéndose inspirado por Dios, se disponía á volver por la pureza de la Iglesia Católica que había degenerado según él, que ya no profesaba el cristianismo en todo su esplendor, que admitía una doctrina errónea, un culto supersticioso, una disciplina susceptible de abuso, y que, en su sentir, pedía imperiosamente una reforma.

Fué Martín Lutero, natural de Eysleben, ciudad del condado de Mansfeld en Turingia, donde nació el año 1483. Lutero no fué un pensador solitario que inspirase veneración y respeto, pero fué hombre de una voluntad inflexible, robustecida por una larga y desesperada lucha interior; tenía una imaginación fecunda en nuevas opiniones, ingenio y audacia en publicarlas, tesón incontrastable en defenderlas,

arte y actividad en esparcir las y bastante ciencia para hacerse admirar de los ingenios superficiales; y aquel hijo del pueblo, à fin de salvar su conciencia, destruyó la unidad de la Iglesia, desencadenó y derrumbó aún mucho más de lo que él mismo había querido y sospechado. Así es que al comienzo de una nueva época, Lutero aparece á los ojos de sus sectarios, no solamente como reformador, si no también como descubridor de un nuevo mundo, de un nuevo ideal de vida; pero así como Cristóbal Colón no pudo entrever lo que con el tiempo sería la América, del mismo modo, Lutero, no pudo ni remotamente sospechar las consecuencias incalculables de su predicación nefanda.

Tratándose de un personaje histórico que por su índole especial ha dejado en la marcha de los sucesos huellas tan profundas que jamás se borrarán, es permitido y hasta necesario, investigar y estudiar atentamente, los pormenores de su vida, porque si bien es imposible juzgar á un individuo por su época, y vice-versa, y si es evidente que la esencia interior de cada individuo es siempre misteriosa, algo influyen aún en los genios más grandes las condiciones de su cuna y de la sociedad que les rodea en sus primeros años.

Conocido es el orgullo de Lutero, que se gloriaba de descender de honrados labradores. Su padre Juan Lutero, hijo de labradores natu-

rales de Turingia, se trasladó de su aldea natal à Eysleben para trabajar allí de minero y en este punto tuvo de su esposa Margarita Ziegler, en 10 de Noviembre de 1483, á su hijo primogénito Martín. El padre, hombre emprendedor y enérgico, llegó á ser vecino acomodado de la pequeña ciudad de Mansfeld, y quiso como era natural, dar á su hijo mayor un porvenir todavía más ventajoso: De este modo, si bien la familia de Martín no nadaba en la abundancia, el hijo se crió en una ciudad, aunque pequeña, y no en una aldea entre labradores y colonos siervos de la gleba, lo cual era ya una gran diferencia y ventaja; pues si la figura y constitución robustas de Lutero, su resistencia á conmociones materiales y morales, su salud indestructible demostraron que era hijo del campo, en cambio sus recuerdos de la infancia y adolescencia y sus inclinaciones eran de la clase urbana.

Sabido es que Lutero no fué nunca amigo de la gente campesina, y sus aficiones, á la naturaleza como su expresión de que los labradores vivían sin conocerlo como en el paraíso, denuncian al hombre de la ciudad. La rudeza de su lenguaje que con mucha frecuencia llegó hasta la brutalidad, no procedía del campo, por que en su tiempo las groserías y hasta las expresiones más desvengonzadas eran usuales no solamente en las ciudades, sinó en las córtes de

los príncipes. Lo que más pudo atribuirse á su origen campesino, son su ruda irritabilidad y su gran terquedad; pero semejante al mar agitado cuando refleja en su superficie encrespada la luz del sol, así el carácter germánico brutal é inculto de Lutero reflejaba á veces algunos rayos benéficos.

En 1497, enviaron sus padres á Lutero á Magdeburgo y un año después á Eisenach á la escuela, donde el pobre tuvo que ganarse, con otros escolares indigentes, la mísera manutención cantando de puerta en puerta salmos é himnos religiosos, con lo cual sólo había cambiado de forma su miseria.

Entonces una señora llamada Ursula Cotta, sacó á Lutero de su situación miserable y le admitió en su casa, donde el joven encontró por primera vez una existencia agradable, desahogada y hasta regalona. El cariño que disfrutó en esta hospitalaria casa de Eisenach, hizo que cuando hubo ingresado en 1501 en la Universidad de Esfurt, fuese un estudiante alegre y listo, dedicado con asiduidad al estudio, y que estuviese libre por mucho tiempo de su melancolía anterior. Habíase formado en aquella Universidad un grupo de jóvenes humanistas que después fué acaudillado por Muciano, el terror de los adversarios de la nueva civilización. Lutero entró en relaciones con este grupo y con uno de sus individuos, Croto Rubiano, tuvo has-

ta gran intimidad. Estas relaciones influyeron algún tanto en los estudios de Lutero, que siempre tuvo en gran veneración á los autores antiguos, en particular á los latinos, y entre estos á Cicerón y Virgilio, tanto que á manera de Erasmo, deseaba que Dios tuviese misericordia de Cicerón y otros como él; pero no por esto llegó á ser humanista verdadero y no formó nunca parte del grupo de Muciano. Melancton su gran amigo, sintió mucho que Lutero no se dedicara con entusiasmo al estudio de los antiguos á fin de que con ello se dulcificara su carácter. Dedicado por la voluntad de su padre á la carrera del Derecho, estudió Lutero con preferencia la Filosofía escolástica y no los autores clásicos. Este estudio tuvo mayor influencia en su genio de lo que hasta hace poco se ha creído, si bien se lamentó después amargamente de su esterilidad cuando se había hecho ya teólogo. En la facultad de artes liberales de Erfurt, en la cual obtuvo en 1502 el bachillerato y en 1505 el grado de licenciado en Filosofía, prevalecía entonces el espíritu nominalista, así es que la educación filosófico-teológica de Lutero, fué informada é inspirada por el nominalismo occamista que reinaba en varias escuelas de Alemania y principalmente en la de Tubinga, á la sombra del nombre de Biel. Esta dirección occamista, y por lo mismo, más ó menos antipapal y anticristiana, debió preparar su espíritu

á la rebelión contra la Iglesia, y la Santa Sede que dió origen y forma al protestantismo. El abuso de las sutilezas, las nimiedades y barbarie del lenguaje, que más que en ninguna otra escuela abundaban en la nominalista, dieron al padre del protestantismo, fundado pretexto para declamar contra la Filosofía y la Teología escolásticas, si bien lo que á Lutero incomodaba en estas, más bien que sus vicios de lenguaje, de procedimiento y de método, era el fondo doctrinal, esencialmente antiprotestante. En este sentido se comprenden perfectamente sus diatribas, no ya sólo contra la Filosofía escolástica, sino contra todas las ciencias eclesiásticas, cuando decía: *Credo quod impossibile sit ecclesiam reformari, nisi funditus canones, decretales, scholastica theologia, philosophia, logica, ut nunc habentur, erradicentur et alia instituantur*. Lo que Lutero aborrecía en la Filosofía escolástica, como en las demás ciencias, no eran sus defectos, sino su espíritu católico. Así es que sus diatribas y su oposición, se extienden y aplican igualmente al mismo Aristóteles, aún purgado de las cavilaciones y comentarios escolásticos y restituído á su pureza original por los humanistas contemporáneos. Y es que la doctrina de Aristóteles se opone á ciertos puntos capitales de la doctrina protestante. Por eso decía que la ética de Aristóteles es la mayor enemiga de la gracia, sin duda porque demuestra y explica la

existencia y naturaleza del libre albedrío incompatible con la teoría luterana de la gracia y por eso también afirmaba que Aristóteles es como las tinieblas con respecto á la luz para la Teología. De aquí que la Filosofía racionalista al enumerar á Lutero entre sus progenitores, ó desconoce, ó disimula la verdad histórica, toda vez que el padre del protestantismo, en vez de concederle todo á la razón humana en el terreno científico, más bien se lo negaba todo, hasta el punto de afirmar que todas las ciencias especulativas no son verdaderas ciencias sino errores, (*omnes virtutes morales et scientiæ speculativæ non sunt veræ virtutes et scientiæ, sed peccata et errores*). El mismo Brucker, celoso protestante y testigo de mayor excepción en la materia, reconoce que Lutero rebajó más de lo justo las fuerzas de la razón y la importancia ó valor propio de la Filosofía.

En 17 de Junio de 1505, siendo licenciado en artes y cuando estaba á punto de emprender Lutero los estudios de jurisprudencia, entró en un convento de frailes agustinos.

Sólo tenemos algunos datos sueltos sobre las causas que le impulsaron á hacerse fraile, cosa nada sorprendente, pues que los mismos individuos no se hacen á veces cargo de cómo ciertas ideas se introducen en su alma é imperceptiblemente se apoderan de ella; y no fué, por supuesto, debida esta resolución de Lutero úni-

camente al voto precipitado que hizo, horrorizado ante una gran tempestad que quitó la vida á un compañero con quien estaba conversando. El creerse llamado á la vida monástica por semejante «aviso espantoso del cielo,» sólo demuestra el estado de agitación permanente de su conciencia, que en aquél momento sucumbió al terror; también dijo después Lutero, que la severidad y el rigor de sus padres le habían inducido á hacerse fraile, cuando precisamente aquella resolución fué un golpe terrible para su padre, que había cifrado todas sus esperanzas en el porvenir de su hijo. Además, el padre tenía una aversión indomable al clero, y cuando su hijo celebró su primera misa, le dijo en presencia de los Teólogos invitados al acto, que más obligación tenía de cumplir el cuarto mandamiento, que de seguir aquél aviso del cielo, que muy bien podía haber sido una añagaza del diablo.

Obtuvo una cátedra de Teología en la Universidad de Wittemberg, fundada por Federico, elector de Sajonia. En 1512 tomó la borla de Doctor y en 1516 principió á declararse contra la Teología escolástica y la combatió en muchas conclusiones.

Nadie ignora que las liberalidades del Papa León X, hijas de su creciente amor á las artes, dejaron exhausto el tesoro de la Santa Sede, y que aquél su amor, unido al noble afán de ren-

dir á la morisma, dió lugar á la publicación en 1517 de una Bula con indulgencia plenaria, cuyos productos habian de destinarse á concluir la gran basílica romana y á comenzar una campaña contra los turcos.

Encomendóse la predicación de dicha Bula á los frailes de Santo Domingo, con preferencia á los de San Agustín, encargados de semejantes comisiones, y bastó esto, para que Lutero, resentido del desaire sufrido por los de su órden, comenzara por censurar el modo de la predicación, combatiera luego la gracia de las mismas indulgencias, desconociera después la autoridad del Pontificado, y casándose con la monja Catalina de Boren, concluyese por negar hasta tres sacramentos, dando vida á la Reforma iniciada desde la aparición del cristianismo, en los siglos I y II por los simoniacos, nicolaitas y gnósticos; en el tercero por Orígenes, Novato y Sabelio y por los paulianistas y maniqueos; en el IV por Donato, Arrio y Lucífero; en el V por Pelagio, Vigilancio y Nestorio; en el VI y VII por los Jacobitas, astardocitas y monotelitas; en el VIII por el iconoclasta León Isáurico; en el IX por Focio; en el XI por Berangario; en el XII por Brescia, Waldo y los albigenses; en el XIII por Sancto Amore, Tárraga y por los flagelantes y fraticelos; en el XIV por los begardos y beguinas, por Wikleff y Waltero; y en el XV por Juan Huss y Jerónimo de Praga; re-

forma, si por un lado indicada sin menoscabo de la ortodoxia, desde los días del gran San Bernardo, controvertida y reprobada por otro, en cada una de sus aviesas manifestaciones por los Concilios Ecuménicos, reunidos al efecto, desde el de Nicea del año 325 al de Basilea de 1431.

Tal fué el origen del protentantismo, cuyos errores, condenó el Concilio de Trento, convocado en 1545 por Paulo III y terminado en 1563 por Pío IV.

No se limitó Lutero á declamar contra el abuso respecto de las indulgencias, sinó que escribía al Arzobispo de Maguncia, defendía conclusiones, y predicaba al pueblo contra las indulgencias mismas y bien pronto se precipitó á nuevos errores especialmente sobre la justificación y eficacia de los Sacramentos. Sucedió esto en el año de 1517, y en el siguiente publicó un libro sobre la virtud de las indulgencias, en que intentaba defender su nueva doctrina y tuvo la audacia de dedicarla al Papa Leon X manifestando en la épistola dedicatoria la más atenta sumisión á la Santa Sede.

Sin embargo, en el mismo libro hablaba ya contra la autoridad de la Santa Sede, y muy poco después, respondiendo á un escrito de Silvestre Prierate, vomitaba mil blasfemias contra la Iglesia de Roma. El año de 1519, sostuvo que el primado de Papa no era de derecho divino;

que tampoco lo era la confesión Sacramental, y que después del pecado de Adán no ha quedado más que el nombre del libre albedrío, al modo que después de arruinada una casa ó ciudad suele aquél lugar retener el nombre que la ciudad ó casa tenían.

Mas en los dos años siguientes, fué cuando manifestó Lutero con mayor descaro su designio de formar una Iglesia enteramente nueva. El año de 1520 dirigió al nuevo Emperador Carlos V. y á la nobleza de Alemania el libro que intituló *de la reforma*. En este libro pondera los abusos de la corte de Roma y la ostentación con que vivían algunos Obispos é individuos del clero, añadiendo las más groseras calumnias y desvergüenzas, para excitar en los seglares el mayor desprecio de los eclesiásticos y una viva ànsia de apoderarse de sus bienes, asegurándoles que toda diferencia entre clérigos y seglares es pura ficción y que cualquier bautizado tiene ya toda la autoridad y potestad de Presbítero, Obispo y Papa, aunque no todos tengan la ciencia y aptitud que se requieren para estos oficios.

El mismo año publicó otros escritos no menos insolentes, y entre ellos el *de la cautividad de Babilonia*, en que habla con nuevo furor contra las indulgencias, compara la potestad del Papa con el reino de Babilonia, no reconoce sinó tres Sacramentos, empieza à hablar de la misa y de los votos religiosos, niega la necesidad

de satisfacer por los pecados, declama contra el celibato de los sacerdotes, se burla del sacramento del Orden, y enseña otros muchos errores. El año de 1521 escribió un grande número de obras ascéticas ó piadosas para granjearse el afecto de los príncipes de Alemania. Así mismo retirado en la fortaleza, que él llamaba *isla de Pátmos*, escribió de propósito contra los votos monásticos y el libro en que intenta probar que debe abrogarse la misa privada.

Lutero murió en el mes de Febrero de 1546 dejando tres hijos del incestuoso matrimonio con la monja, y en el sepulcro, por disposición suya, se le puso este epitafio: *Pestis eram vivus, moriens ero mors tua, Papa*. Lutero se llama con razón el principal autor de las innumerables sectas que en aquel siglo abortó el mónstruo de una mal entendida reforma.

En vano sus sectarios le prodigan elogios pintándole como un apóstol suscitado por Dios para reformar á la Iglesia. Sus mismos panegiristas se vieron precisados á confesar, que cuando rompió con la Iglesia Romana en el año de 1520, aún no sabía lo que debía enseñar ó combatir en la creencia católica. Los apóstoles no compusieron de este modo á tientas su símbolo de la fé cristiiana. Los calvinistas y anglicanos tampoco están de acuerdo en conceder á Lutero el relevante mérito que los luteranos atribuyen á su fundador.

El insigne Erasmo, uno de los hombres más eruditos de su siglo, que asombraba el mundo con su talento y su saber y paseaba de un extremo á otro de Europa su gloriosa nombradía, aludiendo á sus disputas con Lutero, decía: «que en su vejez se veía obligado á pelear con una bestia feroz ó un furioso jabali.» En sus disputas constantes con los Zuinglianos no desmintió Lutero su carácter, llamándolos hombres *condenados, insensatos, blasfemos.*

Si así procedía con sus compañeros disidentes, nada extraño es que desenfrenándose contra el Papa, dijese «que era un lobo rabioso, que todo el mundo debía armarse contra él, sin esperar orden alguna de los magistrados; que en este punto sólo podía haber arrepentimiento por no haberle pasado el pecho con la espada, y que todos aquellos que le seguían debían ser perseguidos como los soldados de un capitán de bandoleros, aunque fueran reyes ó emperadores.» Tal era el espíritu de tolerancia y libertad de que estaban animados el fogoso corifeo y todo su partido. ¿Qué podía esperar la religión de semejantes hombres? ¿Qué podía esperar el universo de sus predicaciones? ¿Qué frutos podía prometerse y cuáles fueron efectivamente los que recogió? Ellos mismos se encargan de enseñarnoslo. «El mundo, dice Lutero, empeora cada día y se hace más malo. Los hombres son hoy día más encarnizados en la venganza, más

avaros, desnudos de toda misericordia, menos modestos y más incorregibles, en fin, más malos que en el papismo.» El mismo acostumbraba á decir «que después de la revelación de su evangelio, la virtud se había extinguido, la justicia estaba oprimida, la temperancia encadenada, la verdad rasgada por los perros, la fé vacilante, y la devoción perdida.»

Calvino después de haber declamado contra el ateísmo, que reinaba sobre todo en los palacios de los príncipes, en los Tribunales y primeras clases de su comunión, añade: «Hay aún una llaga más deplorable. Los pastores mismos que suben al púlpito son hoy día los más vergonzosos ejemplos de la perversidad y de los demás vicios. De aquí proviene que sus sermones no obtienen más crédito ni más autoridad que las fábulas recitadas en un teatro por un histrión. Y estos señores se atreven sin embargo á quejarse de que se les desprecia y señala con el dedo para ponerles en ridículo. En cuanto á mí, me admiro de la paciencia del pueblo, me admiro de que las mujeres y los muchachos no los cubran de lodo y de inmundicias.»

Después de esto, ¿se atreverán á sostener los partidarios de los principales autores de las sublevaciones religiosas y políticas que desolaron la Iglesia y el mundo en el siglo XVI, que su pretendida reforma fué una de las más asombrosas y felices revoluciones que pudieron su-

ceder en el mundo? ¿Se atreverán aún á poner en duda siquiera que tal pretendida reforma fué ilegítima en sus principios, criminal en sus medios y funesta en sus efectos?

Mucho se ha divagado en el señalamiento de las causas del protentantismo por no haberse advertido que no es más que un hecho comun á todos los siglos de la historia de la Iglesia, pero que tomó su importancia y peculiares caractéres de la época en que nació.

Conforme á la variedad de tiempos y países, el hecho ha presentado diferentes fases, si bien no ha dejado de presentar dos caractéres generales, que han manifestado bien á las claras que el origen es el mismo á pesar de ser tan vário el resultado en su naturaleza y objeto. Estos caractéres son: *el ódio á la autoridad de la Iglesia y el espíritu de secta.*

Una vez nacido en el siglo XVI un error cualquiera, sea cual fuere su origen, su ocasión y pretexto, hubiera excitado desde luego simpatías, hubiera encontrado entusiastas defensores, se habría propagado con la rapidez de un incendio, tomando sus chispas direcciones muy diferentes; la razón de ello la encontramos en que la sociedad de entonces es muy diferente de todas las anteriores, y lo que en otras épocas hubiera podido causar un incendio parcial, había de acarrear en esta una conflagración espantosa. Componiáse la Europa de un

conjunto de sociedades inmensas, que como formadas en una misma matriz, tenían mucha semejanza en ideas, costumbres, leyes é instituciones; habíase entablado por consiguiente entre ellas una viva comunicación, ora excitada por rivalidades, ora por comunidad de intereses; y sobre todo acababa de generalizarse (segun queda consignado al principio) un rápido vehículo, un medio de explotación, de multiplicación y expansión de todos los pensamientos y afectos; *la imprenta*. Tal es el espíritu humano, tal su volubilidad, tal el placer que siente en abandonar los antiguos rumbos para seguir otros nuevos, que una vez levantada la enseña del error, era imposible que no se agrupasen muchos en torno de ella. Sacudido el yugo de la autoridad en países donde era tan vasta, tan activa la investigación, donde fermentaban tantas discusiones, donde bullían tantas ideas, donde germinaban todas las ciencias, ya no era dable que el vago espíritu del hombre se mantuviera fijo en ningún punto y debían por precisión, pulular un hormiguero de sectas, marchando cada una por su camino, á merced de sus ilusiones y caprichos. El hombre cuyo entendimiento está despejado y claro, ó vive tranquilo en las apacibles regiones de la verdad, ó la busca desasosegado é inquieto y como estribando en principios falsos siente que no está firme el terreno, que está mal segura y vacilante

su planta, cambia continuamente de lugar, saltando de error en error, de abismo en abismo. El vivir en medio de errores y estar satisfecho de ellos, y transmitirlos de generación en generación, sin hacer modificación ni mudanza, es propio de aquellos pueblos, que vegetan en la ignorancia y envilecimiento; allí el espíritu no se mueve porque duerme.

Es cierto que en los siglos medios se habían introducido abusos deplorables; que la corrupción de costumbres era mucha, y que por consiguiente, era necesaria una reforma. Por lo que toca á los siglos XI y XII tenemos de esta triste verdad testigos tan intachables como San Pedro Damian, San Gregorio VII y San Bernardo. Algunos siglos después si bien se habían corregido mucho los abusos, todavía eran de consideración, bastando para convencernos de esta verdad los lamentos de estos varones respetables que anhelaban por la reforma.

Ningun hombre sensato podrá atribuirni á la corte de Roma, ni á los Obispos semejantes desordenes, que sólo eran debidos á la ignorancia, á la corrupción y á la relajación de la disciplina; la sociedad eclesiástica se resintió profundamente del aniquilamiento de la sociedad civil; jamás podrán desmostrarnos los sectarios del protestantismo, que en la Iglesia faltó alguna vez el espíritu, el deseo, el anhelo de la reforma de los abusos; la historia nos habla de santos

varones en número considerable, y de virtudes tan acendradas, que al paso que contrastaban con la corrupción que los rodeaba, mostraban que no se había apagado en el seno de la Iglesia Católica el divino fuego de las *lenguas del Cenáculo*. Ninguno que haya abierto una vez siquiera algún libro de historia eclesiástica ó alguna colección de Concilios, podrá poner en duda la incesante reunión de Concilios en que se reprobaban y condenaban los abusos y se inculcaba la santidad de costumbres y la observancia de la disciplina. Y alguna utilidad debieron producir esa constancia, esa santa tenacidad contra las pasiones desencadenadas, cuando vemos que á la época del nacimiento del protestantismo los abusos eran incomparablemente menores; que las costumbres se habían mejorado mucho; que la disciplina había adquirido vigor y que se la observaba con bastante regularidad. El tiempo de las declamaciones de Lutero, no era el tiempo calamitoso llorado por San Pedro Damian y por San Bernardo; el caos se había desembrollado mucho; ya la Iglesia contaba en su seno bastantes hombres tan distinguidos en santidad como brillaron en aquel mismo siglo, y tan eminentes en sabiduría como resplandecieron en el Concilio de Trento. Acaso habrá algunos á quienes parezcan exajeradas estas afirmaciones, pues muchos se dejan hoy llevar de la pasión del momento al

apreciar sucesos de otras edades y rinden culto irreflexivo á errados juicios extraños. Olvidándose de que la historia, como dice Schiller, es el Tribunal del mundo y de que el historiador no debe representar papel de abogado de ninguna causa, sinó de juez imparcial de todas, pretende ver desde el bajo punto de mira de los intereses transitorios de un día lo que no se puede alcanzar ni descubrir sinó elevándose á más serenas regiones y colocándose en la que podríamos llamar con el padre Si-güenza «atalaya ó torre altísima, de donde levantados miramos todo cuanto se ha representado en este gran teatro del mundo.»

Triste, muy triste es ver á qué recursos apelan el ódio y el interés de los hombres para oscurecer la verdad. ¿Cómo ha de ser posible atribuir á los primeros reformadores el espíritu de una verdadera reforma, cuando casi todos trataron de desmentirlo con su vergonzosa conducta? Si al menos se hubieran entregado á un riguroso ascetismo, si con la austeridad de sus costumbres hubieran condenado la relajación de que se lamentaban, entonces podríamos sospechar si sus mismos extravíos fueron efecto de un celo exagerado, si fueron arrebatados al mal por un exceso de amor al bien. Federico el Grande en sus memorias de Brandeburgo dice: «Si redujeramos las causas del progreso de la reforma á principios simples, veríamos

que en Alemania fué obra del interés, en Inglaterra del amor y en Francia de la novedad.» Lo que dice Federico está perfectamente de acuerdo con la historia. No hay en efecto ninguna duda de que la concupiscencia de los príncipes, el deseo de aumentar sus dominios con los despojos de la Iglesia, la esperanza del alto clero de librarse de sus onerosas anatas de las retribuciones exigidas por el páblio y de otros gravámenes por este estilo; las esperanzas concebidas por el clero inferior de obtener más libertad; la confianza de las ciudades imperiales de ver terminadas aquellas largas disputas con los Obispos, producidos siempre por los derechos recíprocos; las disposiciones favorables de muchos Curas y Monjes, cansados del celibato y de la sujección del claustro; no hay duda que todas estas causas fueron como el fermento inmediato de la reforma. «Quisiera (dice un protestante inglés), por respeto á mi pais no hablar nunca del frívolo pretexto que dió origen á este grande acontecimiento; pero es demasiado conocido para que pueda pasarse en silencio sin todas las apariencias de afectación; fué la pasión ilegítima de Enrique por Ana Bolena. Si en la disposición de este monarca no hubieran tenido parte la pasión y el capricho; hubiera conservado sus amistosas relaciones con la Santa Sede; hubiera merecido siempre el título *de defensor de la fé* que se había adquirido con sus escritos,

y sus sucesores hubieran podido usarle sin que se convirtiera, como actualmente en un motivo de irrisión respecto del que se lo dá y respecto del mismo título; *pero el tránsito de la Iglesia á una secta, con frecuencia se efectúa por el camino de los vicios, y el de una secta á la Iglesia, siempre por la senda de la virtud.*» Sea como quiera, podemos decir que el pretexto fué la reforma de las costumbres y de la disciplina eclesiástica, y que el resultado inmediato fué la completa ruina de lo que se quería reformar.

El protestantismo vino al mundo, según necesariamente había de venir, con el cáncer de la muerte en sus entrañas. Rebelde por orgullo á las divinas palabras de que «ninguna profesión de la Escritura es de particular interpretación» el orgullo fué su mayor enemigo. Hijo de la ambición y de la duda, comenzó desde la cuna á sembrar por todas partes dudas y ambiciones.

Consecuencia de la conducta de Lutero y sus secuaces, es la situación en que en la actualidad se halla el protestantismo. Completamente dividido, recoge el fruto de la duda religiosa, á cuya sombra vino al mundo y contempla con dolor cómo algunas naciones, cansadas de tanto dudar, abjuran de las ideas heréticamente reformistas, volviendo, inspiradas por Dios, sus brazos al Catolicismo.

¿Y á donde habían de volverlos, cuando el

Catolicismo es la religión de la verdad, una é indivisible? ¿Cómo no abjurar de una secta, cuyos partidarios niegan y combaten à su antojo misterios y sacramentos, que otros de la misma secta afirman y defienden, cuyos prosélitos, divididos y subdivididos en luteranos, calvinistas, anabaptistas, sacramentarios, cuákeros, presbiterianos, episcopales, independientes, etc., representan la Babel de todos los siglos?

El corazón se aflige al considerar el desastroso acontecimiento que viniendo á quebrantar la unidad de la civilización Europea, torció el camino de nuestra civilización. Extendido por Europa el cisma de Lutero, la acción de los europeos sobre los pueblos del resto del mundo se debilitó en gran manera y las fuerzas de Europa no se aunaron ya en adelante para ninguna de aquellas empresas colosales que formaron la gloria de los siglos anteriores. El protestantismo pujante y deslumbrador como novedad encaminada á romper lazos de sumisión y obediencia, amenazaba rendirlo y sujetarlo todo al imperio de sus erróneas doctrinas; así es que las naciones que habían conservado el Catolicismo se veían precisadas á concentrar todos sus recursos, toda su acción y energía, para hacer frente á los impíos ataques con que las combatían los nuevos sectarios así en el terreno de la discusión como en los campos de batalla, porque aunque el triunfo del

nuevo error no podía ser definitivo, pues ha dicho quien no engaña ni se engaña, que jamás prevalecerán las puertas del infierno contra la Iglesia Católica, el recobro de la fé comun habría costado á las naciones meridionales de Europa, lo que nos costó á nosotros la sangrienta reconquista del territorio nacional. Por lo que hace á España, hubo un gran Rey, el insigne Felipe II, que siguiendo las inspiraciones de su conciencia, en armonía con el modo de ver del pueblo que guerreó durante ocho siglos en defensa de su ley; interpretando fielmente la opinión y deseos de los españoles, como lo hizo un día Isabel I al arrojar del suelo pátrio á la raza de Judá, se erigió en campeón de la verdadera fé, convirtió su monarquía en baluarte inexpugnable del Catolicismo, y atajó los pasos de la reforma iniciada por el grito de rebelión del apóstata Lutero. Esto explica suficientemente el ódio y las calumnias de que ha sido blanco aquél gran Rey, pues aquellos que en lo referente á la salvación del alma renegaban de la verdad ¿podían reconocerla y proclamarla tratándose del hombre que fué su más constante adalid, su más fuerte é inflexible defensor?

Es evidente que la Europa no es lo que hubiera sido sin la aparición del protestantismo; del mismo modo que es cierto que los resultados de la influencia civilizadora de ese gran conjunto de naciones no han correspondido á

lo que prometía el siglo XVI. Gloriense enhorabuena los protestantes de haber dado á la civilización europea una nueva dirección: gloriense de haber enflaquecido el poder espiritual de los papas, estraviando del santo redil, á millones de almas; gloriense de haber hecho pedazos la gerarquía eclesiástica, y de haber arrojado la Biblia en medio de turbas ignorantes; siempre será cierto que la unidad de la religión cristiana ha desaparecido entre ellos y que son incapaces de producir ninguna de las grandes obras, que tan á manos llenas ha producido y produce el Catolicismo: siempre será cierto que con sus disputas, sus calumnias y sus ataques contra el dogma y la disciplina de la Iglesia, la ha obligado á combatir por espacio de tres siglos, impidiéndola de esta suerte llevar á cabo los grandes proyectos que meditaba.

Cuando Lutero se llamaba encargado de una alta misión, decía una verdad terrible, espantosa, que él mismo no comprendía. A este propósito dice admirablemente el insigne Balmes: «Los pecados de los pueblos llenan á veces la medida del sufrimiento del Altísimo; el estrépito de los escándalos del hombre sube hasta el cielo y demanda venganza; el Eterno en su cólera formidable lanza sobre la tierra una mirada de fuego; suena entonces en los arcanos infinitos la hora fatal y nace el hijo de perdición que ha de cubrir el mundo de desolación y de

luto. Como en otro tiempo se abrieron las cataratas del cielo para borrar el linaje humano de la faz de la tierra, así se abre la urna de las calamidades que el Dios de las venganzas reserva para el día de su ira. El hijo de perdición levanta su voz y aquél es el momento señalado al comienzo de la catástrofe. El espíritu del mal recorre la superficie del globo llevando sobre sus negras álas el eco de aquella voz siniestra. El olvido de todo lo pasado, la ingratitud por todos los beneficios, se apoderan de los entendimientos y de los corazones; la obra del génio del mal queda consumada. El príncipe de los espíritus rebeldes puede hundirse de nuevo en sus tenebrosos dominios, y la humanidad ha aprendido una lección terrible: que no se provoca impunemente la indignación del Todopoderoso.

Voy á terminar, Señores, mi trabajo para no fatigar por más tiempo vuestra atención benévola; pero antes habeis de permitirme que de lo más íntimo de mi alma y en representación de este ilustre Claustro, os dé las gracias, no tanto por la inmerecida atención que habeis prestado á mi pobre discurso, cuanto por el esplendor y brillo que habeis dado à esta solemnidad literaria los que la habeis honrado con vuestra presencia, y muy singularmente al Sr. Sanchez de Toledo, distinguido jurisconsulto, que para bien de nuestra amada provincia la gobierna con un celo digno del mayor elogio y que con

su asistencia al acto solemne que hoy celebra este Instituto, pone de manifiesto el interés que le inspira cuanto con nuestra ilustración y general cultura se relaciona. Tampoco debo olvidar en esta manifestación de nuestra gratitud al Ilustrísimo Señor Director de este Instituto, cuyo inteligente y desinteresado celo por la enseñanza es bien conocido, y cuya fé ciega en el porvenir intelectual y moral de esta provincia, se ha traducido en obras de elocuencia tan incontestables como el grandioso edificio en que se dan nuestras enseñanzas, sin haber obtenido, como frecuentemente sucede entre nosotros, más recompensa que el respeto y la consideración que inspiran su ilustración vastísima y su delicada modestia.

Y vosotros, mis queridos niños, que venís á esta casa á buscar la fuente de aguas purísimas en que templar vuestro corazón y vuestro espíritu para las luchas de la vida, recibid en nombre de éste Cláusto la bienvenida más cordial y cariñosa; seguid el noble ejemplo de vuestros dignos compañeros, que van á recibir el premio conquistado con su aplicación y trabajo, y así lograréis ser algún día la gloria de vuestros padres y maestros, que, al veros convertidos en miembros sanos y útiles de nuestra sociedad, y, quien sabe, si en hijos predilectos de la pátria, contemplarán en vosotros el sazonado fruto de sus afanes y la más preciada recompensa á sus desvelos.—HE DICHO.



